REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

DOSIER: POLARIZACIÓN PERNICIOSA, DEMOCRACIA Y POPULISMO
COEDITORES: CLAUDIO RIVEROS Y ALEJANDRO PELFINI

VOLUMEN 5, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2022
ISSN 0719-983X

UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
SEDE PUERTO MONTT

La venganza de los incorrectos. La derecha radical populista y la política del resentimiento

The Revenge of the Incorrects. The Populist Radical Right and the Politics of Resentment

Gastón Souroujon
Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Resumen

Gran parte de la bibliografía especializad subraya que el crecimiento exponencial de la derecha radical populista que se experimentó en las últimas décadas se relaciona con una emoción en particular, el resentimiento. Sin embargo, hay un escaso desarrollo conceptual en torno a este sentimiento. Nuestra intención en el presente escrito es acercarnos a una fenomenología de esta emoción. Para lo cual en primer lugar rastrearemos las lecturas históricas de este concepto, las distintas interpretaciones que a lo largo de la modernidad ha suscitado, para luego señalar las capas que estarían caracterizando la política del resentimiento de la derecha radical populista contemporánea. Por último, nos detendremos en reflexionar en torno a una de las consecuencias más nocivas de la política del resentimiento, la transformación de la incorrección política en la gran virtud política, incorrección política que junto a la polarización afectiva son los mayores peligros para nuestra democracia.

Palabras claves: resentimiento, incorrección política, derecha radical populista, autenticidad

Abstract

The specialized literature underlines that recently growth of the populist radical right is related to a particular emotion, resentment. However, there are only a few studies that delve into this emotion. Our intention in this writing is to approach a phenomenology of this emotion. For which, in the first place, we will analyze the different interpretations of resentment. This task will allow us, in a second place, to point out the features of the politics of resentment of the contemporary populist

Recibido: 32-01-2022. Aceptado: 01-04-2022

Gastón Souroujon es Doctor en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario y se desempeña como investigador del CONICET-Argentina (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). ORCID: https://orcid.org/0000-0003-4217-5012

Contacto: gsouroujon@hotmail.com

Cómo citar: Souroujon, G. (2022). La venganza de los incorrectos. La derecha radical populista y la política del resentimiento. *Revista Stultifera*, *5*(2), 101-123. DOI: 10.4206/ rev.stultifera.2022.v5n2-05.

radical right. Finally, we will reflect on one of the most harmful consequences of the politics of resentment, the transformation of political incorrectness into a great political virtue. Political incorrectness that, together with affective polarization, is the greatest danger to our democracy.

Keywords: Resentment, Ressentiment, Political Incorrectness, Populist Radical Right, Authenticity

> ¡Un Brindis a mi agujero de abajo del piso! Y aunque dije que los hombres normales me ponían verdes de envidia, en las circunstancias actuales no les pelearía el lugar, aunque seguiré envidiándolos. No, no; mi agujero es mejor… (*Memorias del Subsuelo*, Dostoievski)

El fenómeno de la polarización política pareciera ser uno de los rasgos centrales de una parte importante de los sistemas políticos de Occidente en las últimas décadas; incluso en sistemas bipartidas estables (como Estados Unidos) en donde parecía primar una tendencia hacia la indiferenciación y el triunfo político pasaba por coronar el medio, nos encontramos en la actualidad con una configuración del espacio político en donde las posiciones de los distintos partidos se extreman y diferencian cada vez más. Quizás deberíamos relativizar el carácter novedoso del fenómeno si ponemos el foco en la larga duración; sin embargo, es cierto que esta nueva polarización implica un cambio con relación al escenario que se desplegó luego de la caída del Muro de Berlín y en particular en América Latina con las transiciones a la democracia. La polarización supone que los grupos, partidos, ciudadanos, etc., mantienen ideologías políticas homogéneas, estables en el tiempo, resistentes a influencias (Van Prooijen, 2021), que se distancian cada vez más entre sí. Esta segregación no habilita espacios de contacto con el otro y reproduce una endogamia ideológica como regla central de la cultura política (Quevedo y Ramírez, 2021, p. 27). La polarización atravesaría el tablero político independientemente del grado de bienestar de las sociedades (Van Prooijen, 2021).

Más allá de las discusiones teóricas en torno a si este es un fenómeno exclusivo de las clases políticas o tiene raíces solidas en la estructura social, pareciera haber un consenso en que el problema más apremiante es la transformación de la polarización ideológica en una polarización afectiva, en una distancia de tipo emocional que se da entre el afecto que generan en nosotros quienes comparten nuestras ideas políticas y la antipatía que

despiertan quienes defienden ideas distintas (Crespo *et al.*, 2021). Esto deriva en una mutua intolerancia, en un rechazo hacia las perspectivas ajenas, en la imposibilidad de dialogo y en la exageración de la posición extrema que el otro asume, exageración que se relaciona con la propia extremidad. Así se explica por qué tanto la derecha como la izquierda ven marxistas y fascistas en los rincones más insólitos del arco iris político. Las diferencias políticas son traducidas en juicios morales e interpersonales, en donde los grupos representantes de ideologías contrarias son estigmatizados.[1] Carl Schmitt había advertido sobre los peligros que acompaña la traducción moral y emocional de la enemistad política: el enemigo es *hostis*, no *inimicus* (1984, p. 36). Ello supone resaltar el carácter público del enemigo; éste, según el jurista alemán, no debería ser definido por un criterio moral, estético o económico; no es ni malo ni feo, sino que es existencialmente el otro distinto. El carácter público del enemigo implica que sea un antagonismo sin sentimientos privados; es un enemigo sin odio (Souroujon, 2015). Lo político nace a partir de esa purificación conceptual (Derrida, 1998). Con la polarización afectiva la autonomía se contamina y el enemigo se absolutiza.

Los obstáculos de este trabajo de purificación conceptual señalan los peligros de la polarización afectiva. Sin embargo, pecaríamos de ingenuos si tratásemos de pensar lo político como algo ajeno a la lógica pasional. La Ciencia Política ha cometido este pecado durante gran parte del siglo XX, al ignorar a las emociones[2] como fenómeno de estudio, marginación que resulta de un triple proceso (Demertzis, 2006, p. 1): (a) la asociación de las emociones con las concepciones utópicas y románticas y con las experiencias políticas totalitarias que marcaron la primera mitad del siglo XX; (b) la mayor importancia que cobra el interés por sobre las emociones como factor de explicación del accionar político, interés que —según explica Hirschman (1978)— emerge a fines del siglo XVI como una instancia intermedia entre la dicotomía tradicional de razón y pasión, libre de la ineficacia de la primera y de la naturaleza destructiva de la segunda; (c) el dominio durante muchos años del paradigma de la elección racional dentro del *mainstream* académico. Se trata de una tendencia que, tras el giro afectivo de las últimas décadas, es dejada de lado al subrayarse el sustrato cognitivo, motivacional y valorativo de las emociones.

Si bien intuitivamente nos resulta más fácil relacionar las emociones con los fascismos, todo orden político posee un régimen emocional específico

(Arias Maldonado, 2016, p. 218; Nussbaum, 2014, p. 15). Las emociones no son un monopolio de las fuerzas opresivas, antidemocráticas y antiliberales; las democracias liberales más inclusivas requieren para su estabilidad y reproducción un lazo emocional, por lo que la dinámica emocional en política no es intrínsecamente ilícita, atávica, o antirracional. Por su parte, las emociones particulares no son necesariamente malas o buenas, sino que la valoración de las mismas depende del contexto y los efectos que producen (Arias Maldonado, 2016). Quizás la única emoción peligrosa en todo tiempo y espacio sea el asco, por sus consecuencias deshumanizadoras (Nussbaum, 2014). Por último, las emociones no son estados viscerales como el hambre o el dolor, sino que están relacionadas con las construcciones históricas, con las creencias sociales y símbolos más arraigados; las emociones reflejan el espíritu de la época (Elster, 2001). Es lo que Salmela y von Scheve (2018) llamarán la estructura emocional de oportunidades las condiciones macrosociales que promueven ciertas emociones y esconden otras.

En las últimas décadas, el actor político que mejor interpretó y explotó la lógica emocional que acompaña a lo político, el que más hábilmente ha aprovechado las nuevas estructuras emocionales, han sido los partidos populistas (Salmela y von Scheve, 2018), en particular, la derecha radical populista. Esta se caracteriza, según Mudde (2017), por tres dimensiones que conforman su núcleo ideológico: (a) nativismo, esto es, la ideología que supone que el Estado debe estar habitado solo por los nativos y que los extranjeros suponen una amenaza; (b) autoritarismo, la creencia en un sociedad jerárquicamente ordenada, y (c) populismo, una ideología delgada que supone que la sociedad se encuentra dividida en dos grupos antagónicos, el pueblo puro y la elite moralmente corrupta, y que la política debe ser la expresión de la voluntad general. Más allá de la popularidad que alcanzó esta definición, la apuesta del autor por una definición mínima, caracterizada por poseer poca intensidad, pocos atributos, pero una gran extensión al momento de pensar el populismo, suscita dos grandes problemas[3]: en primer lugar, no incluye dentro de la definición elementos que históricamente han mostrado ser centrales en las experiencias populistas como el liderazgo; en segundo lugar, habilita la posibilidad de generar falsos positivos. Estas deficiencias nos empujan a pensar en otro rasgo que atraviese a todas las experiencias de la derecha radical populista, otra característica central sobre la que se puede erigir su definición:

sospechamos que la política de resentimiento puede erigirse en el núcleo sobre el cual construir esta definición.

Hay una suerte de retroalimentación entre los contextos de polarización afectiva y el crecimiento de la derecha radical populista, que el fenómeno de la pandemia torno más evidente. Además de señalar la nostalgia, la inseguridad o la ira (Demertzis, 2019), gran parte de la bibliografía subraya que el crecimiento exponencial de la derecha radical populista se relaciona con una emoción en particular: el resentimiento. Si bien algunos autores ya habían asociado la política del resentimiento con la transformación del partido conservador ingles bajo la administración de Margaret Thatcher (Malsen, 2013, p. 195), es recién en los últimos años cuando a la explosión bibliográfica en torno al populismo le sigue una explosión paralela que apunta al resentimiento como la emoción que le da el tono a la época, como la emoción propia de la derecha radical populista.[4] Desde los trabajos pioneros de Hans-Georg Betz en la década de los noventa (1990; 1994) hasta trabajos recientes de autores tan disímiles como Cramer (2016), Salmela y von Scheve (2017), Fukuyama (2018), Norris e Inglehart (2019), Rosenthal (2020) o Dubet (2020), parece haber un consenso en que el crecimiento de la derecha radical abrió una nueva era de política del resentimiento.

Estas coincidencias nos indican que el fenómeno no ha pasado desapercibido y que el camino para una mayor comprensión de la polarización afectiva que acompaña a la derecha radical populista reside en el estudio de esta emoción en particular. Más allá de algunas excepciones, que proponen una operacionalización del concepto de resentimiento (Capelos y Demertzis, 2022), la bibliografía comentada, interesada en estudiar otras variables, no profundiza las dimensiones de esta emoción. Nuestra intención en el presente escrito es acercarnos a una fenomenología del resentimiento: cómo surge, qué experiencia individual y grupal genera, cuáles son sus consecuencias, qué implica una política del resentimiento. Para ello, en primer lugar, rastrearemos las lecturas históricas de este concepto, las distintas interpretaciones que a lo largo de la modernidad ha suscitado; luego señalaremos las capas que estarían caracterizando al resentimiento como núcleo de la derecha radical populista de las últimas décadas. Por último, nos detendremos en reflexionar en torno a una de las consecuencias más nocivas de la política del resentimiento: la transformación de la incorrección política en la gran virtud política,

incorrección política que junto a la polarización afectiva son los mayores peligros para nuestra democracia.

Del *resentment* al *ressentiment*

La primera dificultad para quienes estudian esta emoción es reconocer que hay un quiebre en la historia de la misma que permite reconocer dos tradiciones distintas, lo que se trasluce a su vez en dos vocablos distintos. Cuando se usa el vocablo en idioma inglés (*resentment*), se está aludiendo a un sentimiento moral fundamental para reconocer la justicia; el uso del vocablo francés (*ressentiment*), que se populariza en el siglo XIX en el lenguaje alemán, fue utilizado por Nietzsche para dotar de una carga psicológica a esta emoción (Fassin, 2013; Meltzer y Musolf, 2002) y utilizarla como motor que permite comprender una lectura genealógica de la moral.[5] La diferencia sustancial entre estas dos perspectivas es la que separa el optimismo del siglo XVIII con la lectura pesimista y crítica de un siglo XIX que ya fue testigo de la revolución y su devenir.

Resentment *como sentimiento moral.*

El concepto de *resentment* que hace su aparición con los moralistas escoceses del siglo XVIII (Adam Smith, David Hume) y que tiene resonancias similares en el siglo XX en la teoría de John Rawls y de Martha Nussbaum, se asocia con una cosmovisión que subraya la importancia de los sentimientos para la vida moral, para la reproducción de la sociedad. En *Teoría de los sentimientos morales*, Adam Smith (1997) concibe que la justicia como virtud tiene su origen en la capacidad simpática de los hombres, en la capacidad de imaginarnos en el lugar del otro. Y, si bien el *resentment* es una emoción antisocial, que aleja a los hombres entre sí, y desagradable, tanto para quien la experimenta como para el espectador, es la emoción que subyace tras la justicia (Griswold, Jr., 1999). Maestro en descubrir las aporías de las emociones, Smith no solo subraya cómo el egoísmo termina aportando al interés general, sino cómo la sociedad justa se basa en una emoción antisocial.

El *resentment* surge cuando vemos a una persona ser perjudicada intencionalmente por el accionar de un tercero, cuando se lesiona un derecho, cuando se inflige un dolor. En consecuencia, es una emoción intrínsecamente relacionada con la justicia, el objeto del *resentment* es la acción que merece castigo (Smith, 1997, p. 151). Smith reconoce que, al ser una pasión odiosa, desagradable, que enerva la felicidad, debe ser

domesticada, para que no muestre su cara brutal (van Tuinen, 2018, p. 8). Contrariamente a lo que opinan algunos (Quintana, 2021), Smith no iguala justicia con venganza: esta se desprende de una desproporción entre ofensa y enojo, cuando la ira no posee los frenos de la moderación; el *resentment* debe ser un sentimiento equitativo fuente de justicia.[6] La venganza, como veremos, va a ser un elemento central del *ressentiment*, pues está asociada a la temporalidad que agudiza este sentimiento; el *resentment* en Smith —en cambio— es una emoción inmediata.

Esta concepción del *resentment* como sentimiento moral es recuperada por autores contemporáneos como Rawls (2006) o Nussbaum (2014), quienes lo distinguen de la mera envidia. Si bien ambas emociones implican una sensación dolorosa ante las ventajas ajenas, la envidia constituye una amenaza para la democracia ya que no se relaciona con la justicia al carecer de razonamiento moral, pues su aparición se da solo a partir de la constatación de que otro posee mayores bienes.[7] Sin embargo, el *resentment* surge de la consideración de que las ventajas que disfruta el tercero son frutos de instituciones injustas o de un comportamiento personal indigno (Rawls, 2006).

Ressentiment *y la inversión de valores*

En el siglo XIX se da la expansión del vocablo *ressentiment* en lengua francesa, dentro del mundo intelectual alemán; este uso —como aclara el mismo Scheler (2007)— no obedece a una predilección por este idioma, sino a que no hay ninguna palabra alemana que pueda dar cuenta de su significado. El empleo del término fue acompañado por una metamorfosis en su significado: ya no va a ser más una emoción ligada a la justicia enraizada en la naturaleza humana para fines positivos, sino una emoción negativa, expresión de la mala conciencia de algunos individuos o grupos que transforman su sufrimiento interno en venganza (Moruro, 2013, p. 7). Esta concepción se fundamenta en una condición psicológica que comienza a cobrar fuerza luego de la revolución francesa, cuando las jerarquías de estatus se erosionan y con ello los límites de los que se puede esperar; cuando se liberan los deseos y se profundiza el proceso de individualización (Tomelleri, 2015). El *ressentiment* se transformará en la emoción característica de la democracia capitalista, es la emoción que atraviesa al hombre moderno.

Fenomenológicamente implica una experiencia radicalmente diferente al *resentment*, ya que es un sentimiento reactivo y negativo que conlleva una sensación de inferioridad y hostilidad frente a los que se ven como culpables de causar una herida real o imaginaria (Gómez Ramos, 2018, p. 281). La experiencia incluye tres elementos que se interconectan: (a) la memoria obsesiva que impide el olvido del daño sufrido, un sufrimiento que es renovado e intensificado constantemente, ligando al sujeto a un pasado del que no puede huir (Moruro, 2013), de modo que el *ressentiment* es una emoción de largo tiempo, a diferencia del *resentment* y de la mera ira que suponen una reacción inmediata (Gómez Ramos, 2018, p. 280); (b) la impotencia para tomar represalias contra los causantes de esta emoción y la consecuente represión de la misma; (c) el deseo de venganza que no se puede materializar[8], y que se manifiesta en el registro de lo imaginario a través de una inversión de valores. Los valores antes considerados altos, superiores y admirados, al no poder ser imitados, despiertan hostilidad y son devaluados. Es una inversión axiológica por la cual la superioridad adquirida en el mundo es un índice de bajeza moral: los valores dominantes son despreciables, convirtiéndose la bajeza y el fracaso en indicadores de superioridad (Angenot, 1997). Capelos y Demertzis (2022) aciertan en la referencia a la fábula de Esopo, *La zorra y las uvas,* para ilustrar el *ressentiment*, en donde ante la imposibilidad de alcanzar las uvas dulces el zorro las devalúa caracterizándolas como agrias.

El primero que articula esta nueva concepción es Nietzsche, como elemento clave en su estudio genealógico de la moral en Occidente. La moral de los esclavos, la moral cristiana, es fruto del *ressentiment* de los esclavos contra la aristocracia que representa los valores superiores. Éstos, por su inferioridad, se sienten impotentes ante sus enemigos y no pueden defender un signo de estatus inferior, por lo que efectúan una venganza espiritual que se da con la aparición de la moral compasiva, en donde lo humilde, lo pobre pasa a ser visto como virtud, generando una verdadera revolución moral y social en occidente. Esa inversión valorativa solo puede plasmarse en la sociedad con la aparición del sacerdote, figura que articula y traduce el *ressentiment* en una cultura global en donde la debilidad es meritoria (van Tuinen, 2018)

Scheler (2007, p. 60) recupera esta concepción nietzscheana: para él es un autoenvenenamiento de la mente causado por una sistemática represión de ciertas emociones que generan un delirio valorativo. Scheler

plantea una escala objetiva de valores que es trastocada por las ilusiones que genera esta emoción. Sin embargo, no considera que la moral cristiana sea la responsable del *ressentiment* (esta se relaciona con la caballería medieval), sino que es un fruto de la moral burguesa, cuando la idea de juicio final se seculariza y las compensaciones se esperan en la vida terrenal. Si, para Nietzsche, el *ressentiment* es el que abre la puerta a la modernidad, para Scheler es una consecuencia de la democracia capitalista moderna (van Tuinen, 2018), pues aparece en sociedades donde la igualdad formal entra en tensión con las desigualdades efectivas, donde las expectativas generadas por la primera no pueden ser saciadas. Se trata de sociedades donde la competencia genera comparación, lo que produce impotencia al no poder modificar las condiciones de vida (Quintana, 2021).

El *resentment* articulado en el siglo XVIII es visto de forma positiva y es fácilmente articulable con una concepción progresista que se indigna ante las injusticias. El *ressentiment*, desde sus orígenes, fue utilizado por los pensadores conservadores para criticar y desacreditar las tendencias igualitaristas que emergen en la modernidad; en consecuencia, los movimientos de masas, las revoluciones, etc., eran explicadas por criterios psicológicos y no por causas materiales (Oudenampsen, 2018). La significación articulada en el XIX permearía a esta emoción con un cariz negativo: el resentido es siempre el otro; incluso se ha transformado en una ofensa. Estos matices elitistas y negativos del vocablo *ressentiment* son los que han primado, más allá de algunas excepciones, durante gran parte del siglo XX para descalificar a ciertos fenómenos políticos, y es la significación que algunos intelectuales y comentaristas utilizan para describir el populismo, sin profundizar en esta relación.

La derecha radical populista y la política del resentimiento

Al analizar la política del resentimiento de la derecha radical populista que emerge en el siglo XXI, es factible observar varias capas de sentido que se retroalimentan, que ostentan distintas historias y que cada experiencia concreta articula de forma particular. Son capas que analíticamente pueden distinguirse pero que en la práctica se confunden, se potencian. Podemos aventurar que cada una de estas capas se articula contra un grupo principal: la elite cultural, las minorías favorecidas por las políticas afirmativas y el estado de bienestar, el establishment político alejado del verdadero pueblo y cómplice de las injusticias imperantes, y los inmigrantes que amenazan con erosionar la cultura identitaria. Las características de

estos cuatro grupos nos permiten entrever que la política del resentimiento no tiene necesariamente como base de apoyo los sectores menos favorecidos de la estructura económica, ni necesariamente se da en los países más afectados por crisis económicas, rasgo que parecía primar en los populismos de izquierda (Samela y von Scheve, 2018), sino a una heterogénea alianza que incluye tanto a perdedores como a ganadores de la globalización, a nuevas clases medias del sector privado (Betz, 1994), a clases tradicionales de ciudades pequeñas, a trabajadores de la identidad racial predominante, etc. Ello hace imposible determinar un solo modelo con un rostro bien definido de la política del resentimiento. Lo que sí es factible aventurar es que, si esta emoción en el siglo XIX y parte del XX estaba relacionada con la demanda de igualdad, con la derecha radical populista la política de resentimiento se conjuga con la demanda de desigualdad, de exclusión.

1. La primera capa engloba a aquellos sectores que ven herido su amor propio por una falta de reconocimiento por parte del resto de la sociedad, cuando un grupo ve que su identidad los valores y tradiciones que representan son vistos con desprecio por los que están mejor situados (Garrido, 2013). El resentimiento es justamente una respuesta a un desprecio, a un despojar de valor, que ciertos grupos sufren (Rosenthal, 2020), independientemente de su bienestar material. Ya Sennett y Cobb (1977) en los setenta habían mostrado el resentimiento que crece en ciertos grupos por la falta de reconocimiento por los sacrificios realizados. Lo que se observa en las experiencias de derecha radical populista en el siglo XXI es que esta capa de resentimiento se dirige hacia la elite cultural, por parte de sectores que —como grafica maravillosamente en su obra Hochschild (2016)— se sienten extraños en su propia tierra, caricaturizados como ignorantes y atrasados, por una elite cosmopolita y soberbia encerrada en su propio mundo. Trump es el paradigma que mejor interpretó este resentimiento sedimentado por décadas en amplios sectores de la población norteamericana, ante la indiferencia y desprecio del establishment.[9] Los blancos de clase media baja y clase trabajadora con solo un título de secundaria, que veían su estima lesionada, respondieron fácilmente a esta política del resentimiento (Krastev y Holmes, 2019).

2. La segunda capa que es articulada por la derecha radical populista es el resentimiento que despiertan los beneficiarios de las políticas de bienestar, emoción que —como hemos apuntado— tiene su origen en la *New Right* de la década de los ochenta. El resentimiento en este registro se vive como una

respuesta ante una infracción a la justicia, pero ésta ya no es una idea de justicia natural, como en Adam Smith, o unos principios de justicia distributiva elegidos mediante una autonomía artificial en una supuesta posición original, como en Rawls, sino una idea de justicia anclada en la creencia en la meritocracia como principio de distribución de cargos y recompensas y de legitimación de desigualdades. Recordemos que toda emoción se sustenta en creencias, en sustratos cognitivos (Solomon, 2008). La meritocracia[10] despliega una narrativa cuyo núcleo es la concepción de un individuo responsable moralmente de su posición en la sociedad, ya que ésta es fruto de su talento y esfuerzo. Los menos aventajados se convierten en los únicos culpables de su propia situación, invisibilizando los condicionantes estructurales. Los beneficiarios del estado de bienestar, de las políticas afirmativas, los empleados públicos, despiertan resentimientos por violentar las reglas del juego meritocrático. Hochschild (2016) utiliza la imagen de "saltarse la fila" para representar esta emoción: los resentidos sienten como en la cola de espera por los beneficios otros se escurren y van por un camino más rápido sin respetar el mérito, y, peor aún, observan como estos beneficios son financiados por el dinero que ellos mismos aportan. Los ciudadanos trabajadores, responsables, son víctima del gobierno grande, de las políticas progresistas y de los beneficiarios de las mismas. El resentimiento que antes, en pos de la igualdad, enfrentaba a los que estaban más debajo de la pirámide social contra los más privilegiados, ahora enfrenta al pueblo contra sí mismo, y deja inmune al sistema económico que genera esta desigualdad (Engels, 2015).

3. La tercera capa se estructura a partir del odio racial, donde no solo están inmersos aquellos sectores extremistas abiertamente xenófobos, sino también un amplio grupo que ve que sus costumbres, valores e identidad se encuentran amenazados por el multiculturalismo, los cambios demográficos y las olas migratorias. Son fenómenos que en varios países despertaron versiones autóctonas de la teoría conspirativa *del gran reemplazo,* la teoría de que existe una conspiración global para reemplazar a las poblaciones tradicionales de los países occidentales por inmigrantes. Este resentimiento racial fue articulado por la derecha radical populista[11], explicitando la característica nativista que Mudde (2017) había señalado como propia de estas experiencias. Esta capa de resentimiento fácilmente se entretejió con la capa vista anteriormente, contra los beneficios que los no nativos reciben por parte de las políticas progresistas, lo que llevó a defender un

chauvinismo bienestarista, por el cual el sistema social solo debe beneficiar a los verdaderos miembros del *etnos* (Betz, 1994; Wodak, 2019).

4. La cuarta capa se inscribe en el corazón del mismo régimen democrático: la imposibilidad de cumplir la promesa de gobierno del *demos*, la apreciación de que la distancia entre la clase política y el pueblo es cada vez mayor. Las tendencias oligárquicas, como las había designado Michels, que residen en la democracia constituyen una fuente constante de resentimiento. La concepción de populismo que Mudde (2017) estriba en un pueblo moralmente puro enfrentado a una elite inmoral, en realidad es una de las capas singulares de la política del resentimiento. Esto explica no solo el éxito que los lideres populistas obtienen al presentarse como enemigos del establishment político, de la casta, sino también las derivas de sus impugnaciones a la democracia liberal, que implican un salto hacia adelante que consistiría en una democracia más cercana al pueblo que no se halle limitada por los elementos liberales, lo que muchos han definido como una democracia iliberal (Pappas, 2019). La elite política es el objeto de este resentimiento, no solo por su fracaso para responder a la crisis económica del 2008, sino especialmente por ser cómplice de los victimarios visitados en las capas anteriores. Son las elites políticas las que propician una frontera porosa que permite la inmigración; las que atentan contra los valores tradicionales de los nativos; las que con el afán de mantenerse en el poder engrosan el tamaño del Estado con empleo público que encubre clientelismo; las que desarrollan una política asistencialista que rompe las reglas meritocráticas, permitiendo que se violente la fila de los beneficios; las que fomentan una política cultural ajena a la cultura autóctona a la que menosprecia; las que no producen beneficios materiales y son mantenidas por el trabajo del sector privado. Obviamente el resentimiento a la casta política por ser responsable de estos males se vigoriza con una sospecha de corrupción permanente que atraviesa a este grupo.

Como es factible observar, estas cuatro capas se confunden y conforman una sola que en cada escenario histórico tendrá matices específicos. Las cuatro capas visitadas nos muestran que esta estructura emocional de oportunidades no es algo que se ha gestado recientemente, sino que es una herida que ha atravesado a distintos grupos sociales por largo tiempo y que se ha intensificado por la impotencia y por la represión de la respuesta. Sin embargo, estas cuatro capas recién se transforman en una política del resentimiento cuando aparece un líder que la articula en un

discurso, cuando les da cuerpo en el seno de un imaginario que toca las fibras sensibles de esta parte de la sociedad. Como lo había advertido Nietzsche, es la figura del Sacerdote la que convierte el resentimiento en una cultura global; son los Sacerdotes los que legitiman la inversión de valores que el resentimiento habilita (Fassin, 2013, van Tuinen, 2018).

A diferencia de la ira o la furia, que son emociones discretas, simples, de reacción inmediata y que poseen un objetivo claro y determinado, el resentimiento —como hemos advertido— es una emoción más compleja que mezcla vergüenza, frustración, impotencia y venganza (Capelos y Demertzis, 2022), una emoción de larga duración y gran profundidad. Esta característica da uno de los tonos más preocupantes a la política del resentimiento: la posibilidad de anudar una polarización afectiva irreversible, una ruptura en el seno social de larga duración que permita que heridas reales e imaginarias sean heredadas de generación en generación. En estos casos, la política del resentimiento será más que un instrumento útil para el éxito político de un líder particular; será la causa que imposibilite la armonía social a largo plazo.

La incorrección política, el ascenso de una nueva virtud

La inversión de valores que legitima la derecha radical populista es la conversión de la incorrección política en una virtud. Las declaraciones, decisiones y formas de presentación en público de los nuevos Sacerdotes políticos que se jactan de ser incorrectos brindan un aura de legitimidad a aquellos discursos, prácticas, formas de relacionarse con el *alter* que durante décadas habían sido señalados como signos de incivilidad y eran vividos con vergüenza por aquellos que los sentían.[12] La normalización de lo que antes era inaceptable, la supresión de la frontera que separa lo que es decible en público de lo que no lo es (Wodak, 2019), es la venganza en el terreno de lo imaginario, de lo espiritual, que resulta de las distintas capas de resentimiento y de la habilidad del líder de apelar, de dar forma a estos sustratos emotivos.

Si bien el concepto de corrección política es utilizado por primera vez a fines del siglo XVIII por la Suprema Corte de Justicia de Norteamérica, su uso comenzó a extenderse durante las primeras décadas del siglo XX en el seno de la militancia de izquierda para referirse a la dirección del Partido Comunista; lo que definía la ortodoxia de este era lo políticamente correcto. En los setenta sufre una primera transformación y adopta un sentido

sarcástico, al ser utilizado por la *New Left* para burlarse de la incapacidad de la izquierda tradicional para comprender los cambios sociales que se estaban gestando (Esposito & Finley, 2019). En los ochenta se acercaría a su acepción actual en el seno de los campus universitarios de Estados Unidos, como un cuidado del lenguaje con el objeto de no reproducir prejuicios y estigmatizaciones. Esta acepción luego se iría ramificando a otras latitudes (Hughe, 2010). Su aparición solo puede ser explicada tras el giro lingüístico que reconoce la función performativa del lenguaje para profundizar relaciones de dominación. Es también durante esta época cuando se da la apropiación por parte de la derecha y obtiene su significación peyorativa. Para los neoconservadores de Norteamérica lo políticamente correcto era un programa ideológico de la izquierda (lo que se conocería como marxismo cultural) pergeñado para tomar el control de las universidades e imponer una serie de opiniones en los debates más relevantes.[13] La frase deja de ser una mera ironía para convertirse en una acusación. Ahora bien, si antes de 1990 la expresión "políticamente correcto" era casi desconocida, durante estos años comienza a ostentar mayor luz pública en los periódicos, revistas y medios de comunicación, con esta nueva acepción que le da la derecha (Weigel, 2016).

De este modo, la incorrección política paso a formar una marca distintiva de las derechas radicales populistas; el nombre de *droite décomplexée* que los franceses han acuñado expresa esa desinhibición ante lo que es visto como un lenguaje abstracto, artificial, plagado de eufemismos, alejado del sentido común. La corrección política es contemplada por estos sectores de derecha como una imposición por parte del denominado marxismo cultural, por esa elite cultural y el establishment político en defensa de las minorías y de los extranjeros. Esa forma de expresarse y actuar públicamente es vista como represiva, hipócrita, que esconde sus verdaderos motivos, contraria a la simpleza de las mayorías, y que se traduce en beneficios para las minorías. La corrección política —denuncian desde la derecha— escondería en su seno una contradicción: es liberal en sus objetivos, pero su aplicación es autoritaria (Hughe, 2010); tiene como objetivo eliminar las relaciones opresivas, pero lo hace a costa de la libertad de expresión.

Pero la apelación a lo políticamente incorrecto, la inversión de valores que da forma la política del resentimiento, es mucho más que una discusión en torno al lenguaje: es un ataque a las bases del ethos liberal que acompañó

por décadas a la democracia, construyendo de esa forma un nuevo modo de razón pública (Arditi, 2020). La incorrección política permite que las miserias, prejuicios e intolerancias, que antes se escondían en el seno de lo privado, retornen al espacio público con una revigorizada legitimidad, pues la retórica agresiva contra las minorías, la misoginia, el ataque violento contra los opositores políticos, el tono belicoso en los discursos, vertidos por líderes políticos, incluso por algunos presidentes, permea de legitimidad y de orgullo a ciertas expresiones que antes se mantenían en secreto, y alienta a las personas a expresar abiertamente sus prejuicios (Arditi, 2020). Pensemos que la validez que la retórica de Trump otorgó a este tipo de expresiones se materializó en actos de violencia física a nivel social. Estudios muestran una correlación entre las ciudades donde Trump hizo campaña en el 2016 y el incremento de *hate crimes* en esos lugares meses después. (Potok, 2020). Sin la traba de la vergüenza pública, el racismo y la agresividad se presentan como expresión de la virtud de la honestidad y decir las cosas como son, lo que permite, irónicamente, que este tipo de expresiones se presenten como motivadas no por el racismo, sino por la autenticidad.

Hace décadas, Sennett (2002) había advertido los problemas que conlleva la transformación de la autenticidad como virtud deseable dentro del espacio público contra el universo superficial y frio de la burocracia y la creciente hipocresía y opacidad de la política. En consecuencia, se comienza a demandar a los políticos una serie de cualidades que son propias del ámbito privado: que muestren sus verdaderos sentimientos, que sean espontáneos, que no dejen acartonar los contenidos de su pensamiento y discurso por las ataduras formales. La incorrección política radicaliza esta tendencia, transformando los agravios a terceros en síntomas de autenticidad. Esa incorrección política mantiene una afinidad electiva con la lógica retórica propia de las redes sociales; Twitter se convierte en el paradigma de comunicación en el espacio público. Hay un traslado del carácter impulsivo (que no considera las circunstancia), simple (que no considera la complejidad) y descortés (que no considera como la interacción afecta al tercero) (Cole, 2019), propio de Twitter, a todos los otros ámbitos de comunicación. De este modo, la incorrección política les permite a estos líderes presentarse como *outsider*, como críticos al establishment político y cultural, aun a pesar de estar ocupando los lugares más importantes dentro de la estructura de gobierno. Se exhibe una tensión entre un discurso verdadero que no se atiene a los límites de la forma y que es resolutivo y un

discurso político edulcorado, temeroso, que es inepto para resolver los problemas reales de la gente y que dilapida el tiempo en cuestiones innecesarias (Shafer, 2017).[14]

La reproducción de la democracia liberal se edifica sobre las distintas instituciones y convenciones existentes (de respeto, cortesía, negociación, de resolución de conflictos); la corrección política no es un mero adorno artificial, sino la columna vertebral de estos regímenes. Por lo dicho, el ataque a la corrección política es un ataque al mismo núcleo de nuestras democracias liberales, centradas en el igual respeto y reconocimiento de dignidad a los distintos planes de vida de sus ciudadanos. Más aún, el arte de lo político implica —como advertía Maquiavelo— esa naturaleza hibrida que combine la humanidad con la bestialidad, en particular con las características del zorro y el león. La incorrección política es la política de los leones sin más, es la política que solo puede generar temor (recordemos que el león es necesario porque atemoriza a los lobos), es la política reducida a la fuerza que no se ajusta a razones. La alternativa es el juego de máscaras que la astucia de los zorros inaugura, donde las intenciones íntimas son menos relevantes que los resultados. La inversión de valores de la política del resentimiento en nombre de la autenticidad embiste contra los zorros, proponiéndonos una política puramente leonina que es recibida de buen grado por parte de la sociedad y que de forma preocupante comienza a generar un atractivo en otras expresiones políticas distintas a la derecha radical populista, por lo que, por más que no llegue al poder, los efectos del resentimiento marcan el tono de la agenda pública.

Consideraciones finales

En esta sección me parece conveniente recuperar algunas de las cuestiones analizadas, para aventurar tres conclusiones.

1. El resentimiento no es una emoción exclusiva de la derecha radical populista; populismos de izquierda e incluso movimientos no populistas también han sabido articular formas de resentimiento. Sin embargo, la política del resentimiento, tal como la hemos desarrollado, parece ser la característica distintiva de la derecha radical populista. Más aún, ante el debate cada vez más abultado en torno a los límites de la definición de la derecha radical populista (Souroujon, 2021a), nos parece que la política del resentimiento es un núcleo con grandes potencialidades heurísticas. Por eso, podríamos definir a las derechas radicales populistas como aquellos

partidos, movimientos, líderes, que, en el seno de una estructura emocional de oportunidades, apelan, articulan y dan cuerpo a estas cuatro capas de resentimiento que anidan en la sociedad, promoviendo una transvaloración en forma de venganza que se traduce en la incorrección política. Cada caso específico dotará de distintas tonalidades a las capas comentadas; incluso algunas capas pueden ser solapadas y acalladas, en relación con la historia del país, con el imaginario político con que se articule y con otras variables particulares.

2. Sería un error considerar que la base de apoyo a la derecha radical populista, que los distintos sectores resentidos, están conformados por *haters* irracionales o por personas engañadas. Igualmente incorrecto es presuponer que los que se sienten apelados por la incorreción política son jóvenes violentos que, en el mejor de los casos, canalizan esta violencia por las redes sociales. Obviamente, hay un sector que responde a estas características; pero como analistas deberíamos tratar de comprender los sustratos cognitivos que anidan detrás de esta emoción, los conocimientos y creencias que sustentan el resentimiento y los juicios de valor que genera. Con lo dicho, no queremos desviar la mirada ante los peligros que la política del resentimiento entraña: una de las características del *ressentiment* que hemos apreciado es su larga duración, su perdurabilidad prolongada en el tiempo, la polarización afectiva que incuba al trabajar sobre emociones tan estables abre la posibilidad de generar una fisura permanente en la sociedad. Aquellos políticos que recurren a la política de resentimiento pueden terminar como aprendices de brujos sobrepasados por las fuerzas que despiertan.

3. Quizás de forma osada proponemos reivindicar la hipocresía como virtud política como uno de los posibles antídotos contra la incorrección política, contra los ataques por parte de la apelación a la autenticidad. Como ya había observado Maquiavelo, las cualidades que en el plano privado pueden ser virtud, en el público pueden ser un defecto y viceversa; el par hipocresía autenticidad son un buen ejemplo de esta lógica. Hemos visto que el espacio público-político no puede subsistir sin zorros, sin las máscaras que solapan los pensamientos, que opacan las emociones, que tamizan nuestra autenticidad; pues muchas veces los consensos y los acuerdos no solo requieren el dialogo, sino sobre todo el silencio. Shklar (1984) había advertido que el peligro de las democracias no es tanto la hipocresía, sino la pura sinceridad; la democracia moderna requiere disimulo, pretensión. La

famosa frase de La Rochefoucauld "La hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud" —nos recuerda Shklar (1984)— nos invita a pensar en la hipocresía como la gran virtud política, como un mecanismo para ocultar los vicios, por lo que pretendemos ser mejores de lo que realmente somos. Obviamente, lo ideal sería que la educación en tolerancia vaya disipando las miserias que la hipocresía oculta; pero, mientras tanto, la corrección política obliga incluso a los xenofóbicos a mostrarse mejores de lo que son. Es una pretensión moral que debemos vestir al entrar a la vida pública.

Notas

[1] En Estados Unidos en tanto en 1994 solo el 21 % entre los republicanos y 17 % entre los demócratas tenía una mirada muy negativa sobre el otro, en el 2016 estos guarismos crecen al 58% y 55% respectivamente (Abramowitz y Mccoy, 2019, p. 151). A su vez, en 1960 solo al 5% de los adultos le molestaba que su hijo se case con un miembro del partido político contrario, en el 2010 este porcentaje aumenta al 33% entre los demócratas y 40% entre los republicanos (Hochschild, 2016, p. 21). En Argentina por su parte, en el 2020 el 49% de los votantes del Frente de Todos y el 69% de los votantes de Cambiemos, pensaba que el opositor era una amenaza para la democracia (Quevedo y Ramírez, 2021, p. 29)

[2] Para los fines de este trabajo utilizaremos de forma indistinta los conceptos de emoción y afecto; no obstante, reconocemos que uno de los debates más significativos del giro afectivo pasa por esta distinción conceptual (ver Lara y Domínguez, 2013).

[3] Para profundizar en la crítica de las definiciones mínimas de populismo ver (Souroujon 2021a)

[4] Van Tuinen (2018, p. 3) advierte que tras el triunfo de Trump hubo una explosión de búsquedas en Google de la frase política de resentimiento

[5] Dada la relevancia de Nietzsche para pensar esta emoción algunos identifican estas dos tradiciones diferenciando entre concepciones no nietzscheanas y nietzscheanas (Demertzis, 2006).

[6] Sostiene Smith:

> Pero admiramos ese resentimiento noble y generoso que responde a las mayores injurias no con la cólera que pueden animar en el pecho del agraviado sino con la indignación a que naturalmente dan lugar en el del espectador imparcial… ni siquiera con el pensamiento, osa intentar una venganza mayor, ni desea infligir un

> escarmiento mayor que el que cualquier persona indiferente aprobaría de buen grado. (1997, p. 76)

[7] Como bien intuye Thiebaut (2018, p. 194), la concepción de envidia en Rawls ostenta los rasgos negativos que Nietzsche y Scheler darán al *Ressentiment*; por eso, constituye una amenaza para la sociedad bien ordenada.

[8] Nótese que con el *ressentiment* ya no hablamos más de justicia sino de venganza, como el mismo Nietzsche expresa: "El *ressentiment* no origina la justicia, sino una venganza que lleva el nombre de justicia" (1998, p. 94).

[9] Recordemos que Hillary Clinton denominó a los seguidores de Trump como una canasta de deplorables.

[10] Para un análisis más detallado en torno a la meritocracia ver Souroujon (2021b).

[11] Tengamos en cuenta que el 87% de los blancos que presentan odio racial odio prefirieron a Trump sobre Clinton en el 2016 (Abramowitz y Mccoy, 2019, p. 143). Veta racista que puede rastrearse en los discursos de Trump, de Bolsonaro y de la mayoría de los dirigentes políticos de esta expresión política.

[12] Podemos mencionar como ejemplo las declaraciones de Trump acusando a los inmigrantes mexicanos de narcotraficantes y violadores, describiendo a los inmigrantes africanos y de Haití como provenientes de países de mierda y a estos últimos como portadores de SIDA, apodando como *Pocahontas* a Elizabeth Warren frente a héroes Navajos; o las declaraciones de Marine Le Pen comparando el rezo de los musulmanes en la calle con la ocupación Nazi en París; o las de Bolsonaro cuando era diputado al decir que el error de la dictadura fue torturar y no matar, o al insultar a la diputada María del Rosario diciéndole que no merecía ser violada porque es muy fea.

[13] En la promoción de esta crítica durante la década de los ochenta, tendrán un papel destacado una serie de publicaciones que atacarán distintos puntos de la educación universitaria, como el relativismo que allí prima, el sistema de políticas afirmativas que se desarrolla, la imposición de una opinión correcta en diversos temas. El libro de Allan Bloom, discípulo de Leo Strauss, *The Closing of the American Mind*, fue el que inicio esta serie de críticas convirtiéndose en un éxito de ventas.

[14] Trump expresa a sus seguidores que el gran problema de Estados Unidos ha sido la corrección política, y que el país no tiene tiempo para perder con esta. Marine Le Pen, por su parte, acusa a los partidos conservadores de estar paralizados por el temor a la corrección política (ver Weigel, 2016).

Referencias

Abramowitz, A., y Mccoy, J. (2019). United States: Racial Resentment, Negative Partisanship, and Polarization in Trump's America. *The American Academy of Political and Social Science, 681*, 137-156. https://doi.org/10.1177/0002716218811309

Angenot, M. (1996). *Les idéologies du ressentiment*. XYZ éditeur.

Arditi, B. (2020). Politics, Shamelessness and the People of Ressentiment. En M. Arvidsson, L. Brännström & P. Minkkinen, (Eds.), *The People: Popular Rule, Constitutional Law, and Politics* (pp. 8-23). Edinburgh University Press.

Arias Maldonado, M. (2016). *La democracia sentimental*. Página Indómita

Betz, H. (1990). Politics of Resentment: Right-Wing Radicalism in West Germany. *Comparative Politics*, *23*(1), 45-60. https://doi.org/10.2307/422304

Betz, H. (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Palgrave Macmillan.

Capelos, N., y Demertzis, N. (2022). Sour grapes: ressentiment as the affective response of grievance politics. *The European Journal of Social Science Research*, 35(1), 107-129. https://doi.org/10.1080/13511610.2021.2023005

Crespo, I., Garrido, A., Martínez, M., y Mora, A. (2021). Polarización afectiva, partidismo negativo y brecha perceptiva. *Más Poder Local*, *45*, 7-20. https://www.maspoderlocal.com/index.php/mpl/article/view/polarizacion-afectiva-aproximacion-teorica-mpl45

Cole, M. (2019). *Trump, the Alt-Right and Public Pedagogies of Hate and for Fascism: What Is To Be Done?* Routledge.

Cramer, K. (2018). *The politics of Resentment*. The University of Chicago Press.

Demertzis, N. (2006). Emotions and Populism. En S. Clarke, H. Paul, & S. Thompson (Eds.), *Emotion, Politics and Society* (pp. 103-122). Palgrave Macmillan.

Demertzis, N. (2019). Populisms and Emotions. En P. Cossarini y F. Vallespin (Eds.), *Populism and Passions* (pp. 55-78). Routledge.

Derrida, J. (1998). *Política de la amistad*. Trotta.

Dubet, F. (2020). *La época de las pasiones tristes.* Siglo XXI.

Elster, J. (2001). *Sobre las pasiones.* Paidós.

Engels, J. (2015). *The Politics of Resentment: A Genealogy*. The Pennsylvania State University Press.

Esposito, L., y Finley, L. (2019). *Political Correctness in the Era of Trump*. Cambridge Scholars Publishing

Fassin, D. (2013). On Resentment and Ressentiment: The Politics and Ethics of Moral Emotions. *Current Anthropology, 54*(3), 249-267. https://doi.org/10.1086/670390

Fukuyama, F. (2018). *Identity: The Demand for Dignity and the Politics of Resentment.* Farrar, Straus and Giroux.

Garrido, M. (2013). Hidden Injuries: Class Resentment in Western Democracies. En B. Fantini, D. Moruno y J. Moscoso (Eds.), *On Resentment: Past and Present* (pp. 277-294). Cambridge Scholars Publishing.

Gómez Ramos, A. (2018). Coda: El resentimiento y las furias actuales. En C. Thiebatut y A. Gómez Ramos (Eds.), *Las razones de la amargura* (pp. 279-290). Herder.

Griswold, Jr., Ch. (1999). *Adam Smith and the virtues of the enlightenment.* Cambridge University Press.

Hirschman, A. (1978). *Las pasiones y los intereses.* Fondo de Cultura Económica.

Hochschild, A. (2016). *Extraños en su propia tierra.* Capitán Swing.

Hughes, G. (2019). *Political Correctness*. Wiley-Blackwell.

Krastev, I. y Holmes, S. (2020). *The Light That Failed: Why the West Is Losing the Fight for Democracy.* Pegasus Books.

Lara, I., y Domínguez, G. (2013). El Giro Afectivo. *Athenea Digital*, 13(3), 101-119. https://doi.org/10.5565/rev/athenead/v13n3.1060

Malsen, J. (2013) Thatcher and the Politics of Class Resentment: Culture, Power and Shame in Contemporary British History. En B. Fantini, D. Moruno y J. Moscoso (Eds.), *On Resentment: Past and Present* (pp. 189-208). Cambridge Scholars Publishing.

Meltzer, B., y Musolf, G. (2002). Resentment and Ressentiment". *Sociological Inquiry*, *72*(2), 240-55. https://doi.org/10.1111/1475-682X.00015

Moruro, D. 2013) On Resentment: Past and Present of an Emotion. En B. Fantini, D. Moruno y J. Moscoso (Eds.), *On Resentment: Past and Present* (pp. 1-18). Cambridge Scholars Publishing.

Mudde, C. (2017). Introduction to the populist radical right. En C. Mudde (Ed.), *The populist radical right* (pp. 22- 35). Routledge.

Niezstche, F. (1998). *Genealogía de la moral.* Edimat

Norris, P. y Inglehart, R. (2019). *Cultural Backlash: Trump, Brexit, and Authoritarian Populism.* Cambridge University Press.

Nussbaum, M. (2014). *Emociones políticas*. Paidós.

Oudenampsen, M. (2018). The Return of Ressentiment. En S, van Tuine (Ed.), *The Polemics of Ressentiment* (pp. 167- 186). Bloomsbury Adademic.

Pappas, T. (2019). *Populism and liberal democracy*. Oxford University Press.

Potok, M. (2020). Two Americas: The radical right, then and now. https://www.radicalrightanalysis.com/2020/02/27/carr-research-insight-series-two-americas-the-radical-right-then-and-now/

Quevedo, L. y Ramírez, I. (2021). Claves del enfrentamiento político en la Argentina reciente. En L. Quevedo e I. Ramírez (Eds.), *Polarizados* (pp. 11-34). Capital Intelectual.

Quintana, L. (2021). *Rabia.* Heder.

Rawls, J. (2006). *Teoría de la Justicia*. Fondo de Cultura Económica.

Rosenthal, L. (2020). *Empire of Resentment*. The New Press.

Salmela, M., y von Scheve, C. (2017). Emotional roots of right-wing political populism. *Social Science Information*, 00, 1-27. https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0539018417734419

Salmela, M., y von Scheve, C. (2018). Emotional Dynamics of Right- and Left-wing Political Populism. *Humanity & Society*, *42*(2), 434-454. https://doi.org/10.1177/0160597618802521

Scheler, M. (2006). *Ressentiment*. Marquette University Press.

Schmitt, C. (1984). *Concepto de la política*. Struhart.

Shklar, J. (1984). *Ordinary Vices.* Harvard University Press.

Sennet, R. (2002). *El declive del hombre público.* Península.

Sennett, R., y Coob, J. (1977). *The hidden injuries of class*. Cambridge University Press.

Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Alianza.

Solomon, R. (2008). The Philosophy of Emotions. En M. Lewis, J. Haviland-Jones, y L. Feldman Barrett (Eds.), *Handbook of Emotions* (pp. 3-16). Guilford Press.

Souroujon, G. (2015). Philia sin Eros. La comunidad de amigos como una crítica a la sociabilidad liberal. *Fragmentos de Filosofía*, *13*, 1-18. http://institucional.us.es/revistas/fragmentos/13/ART%201%20GAST%C3%93N%20SOUROUJON.pdf

Souroujon, G. (2021a). Las definiciones mínimas de populismo. Problemas y potencialidades. *Pilquen*, *24*(2), 1-12. http://revele.uncoma.edu.ar/index.php/Sociales/article/view/3141/60032

Souroujon, G. (2021b). Las trampas de la meritocracia. Un recorrido por los problemas más significativos que esconde el merecimiento. *Revista de Estudios Políticos*, *191*, 59-80. https://recyt.fecyt.es/index.php/RevEsPol/article/view/88466

Thiebaut, C. (2018). Resentimiento y justicia. En C. Thiebatut & A. Gómez Ramos (Eds.), *Las razones de la amargura* (pp. 167-200). Herder.

Tomerelli, S. (2013). The Sociology of Resentment. En B. Fantini, D. Moruno y J. Moscoso (Eds.), *On Resentment: Past and Present* (pp. 259-276). Cambridge Scholars Publishing.

Van Prooijen, J. W. (2021). The psychology of political polarization: an introduction. En J. W. Van Prooijen (Ed.), *The psychology of political polarization* (pp. 1-15). Routledge.

Van Tuine, S. (2018). Introduction. En S, van Tuine (Ed.), *The Polemics of Ressentiment* (pp. 1- 16). Bloomsbury Adademic.

Weigel, M. (2016) Political correctness: how the right invented a phantom enemy. *The Guardian.* https://www.theguardian.com/us-news/2016/nov/30/political-correctness-how-the-right-invented-phantom-enemy-donald-trump

Wodak, R. (2019). The boundaries of what can be said have shifted. *Discourse & Society*, 31(2), 235–244. https://doi.org/10.1177/0957926519889109

REVISTA STVLTIFERA

DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

VOLUMEN 5, NÚMERO 2, SEGUNDO SEMESTRE DEL 2022
ISSN 0719-983X

Polarización, democracia y populismo(s): propuestas de análisis
Claudio Riveros y Alejandro Pelfini

La razón democrática del populismo. Antagonismo, heterogeneidad y populismo *pos*liberal
Marcelo Nazareno

Populism versus Parliamentarism: Towards Non-Antagonistic Forms of Democratic Politics
Uros Ugarkovic

El antagonismo, perfecto *partenaire* del populismo
Graciela Ferrás

La venganza de los incorrectos. La derecha radical populista y la política del resentimiento
Gastón Souroujon

Del populismo como amenaza a la amenaza populista, crónicas de un destino anunciado. Diálogos necesarios entre la teoría política y la socio-historia
Edgardo Manero

Populismo y polarización política en la Región Andina. Entre los líderes y la demanda populista
Sebastián Umpierrez de Reguero, Ingrid Ríos, Eduardo Herrera y Santiago González

Democracia, república y populismo en la Argentina reciente a la luz del debate intelectual (1983-2015)
Sabrina Morán

Sin agonismo no hay paraíso: Polarización y populismo en el proceso constituyente chileno
Cristóbal Bellolio Badiola

Masivo y antielitario: el estallido social chileno como momento populista
Nicolás Selamé

¿Hay un futuro político para el "postfascismo"? Presentación de Corcuff, P. (2021). *La grande confusion. Comment l'extrême droite gagne la bataille des idées*
Philippe Corcuff

Posturas e imposturas en torno a un concepto negativo de democracia. Reseña de Friz, C. (2021). *El exceso de la democracia*
Cristóbal Balbontín-Gallo y María B. Gutiérrez Recabarren

Reseña de Salmorán, G. (2021). *Populismo. Historia y geografía de un concepto*
Karina Gómez Cantillana

RRI Red Revistas Investigación
Universidad Austral de Chile